

30-4-3

SALUTACION DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA EN EL ALMUERZO
OFRECIDO A LOS PARTICIPANTES EN LA CUMBRE PARA LA TIERRA

Río de Janeiro, 13 de junio de 1992

Las personas tienden a valorizar los hechos y los momentos que presencian.

Esa actitud a veces puede llevarlas a sobrestimar la importancia de ciertos acontecimientos.

Pero para algunos hechos no es preciso esperar el juicio de la historia: cuando en la noche del 9 de noviembre de 1989 los jóvenes alemanes, con espíritu festivo, comenzaron a derribar el Muro de Berlín, todos experimentamos la emoción de asistir a un paso decisivo de la humanidad.

Ese es mi sentimiento hoy al tener el honor y el placer de recibir a los Jefes de Estado y de Gobierno que participan en la Cumbre para la Tierra.

Nunca se habían reunido tantos y tan importantes dirigentes mundiales para alcanzar un mismo ideal.

El Brasil se enorgullece de poder acoger un encuentro de dirigentes que desean iniciar una nueva era en la vida de la humanidad.

Se enorgullece, sobre todo, de la oportunidad de ver manifestarse la voluntad política de 5.500 millones de personas, representada aquí al más alto nivel.

En otras palabras, el mundo ha decidido reunirse en Río de Janeiro para tratar, ni más ni menos, que de la propia vida sobre la faz de la Tierra.

En cierta forma, hemos venido aquí para hacer un balance de los progresos y los problemas del siglo XX y para sentar las bases, necesariamente nuevas y diferentes, de la relación entre el hombre y la naturaleza en el siglo XXI y en el tercer milenio.

Asumimos el compromiso de movilizarnos para conciliar el medio ambiente y el desarrollo, el bienestar y la igualdad de oportunidades.

Como ya he dicho, no podemos tener un planeta ambientalmente sano en un mundo socialmente injusto.

Las cuestiones ecológicas y de justicia social han de considerarse como un desafío político, económico, científico y tecnológico, un desafío nacido del imperativo histórico de la paz y la exigencia ética de la dignidad humana.

La conservación del medio ambiente exigirá un esfuerzo de reconversión económica que creará empleos, generará riquezas y producirá nuevos conocimientos.

El desarrollo, a su vez, enriquecerá la economía mundial, invertirá las corrientes migratorias, propiciará la estabilidad regional y mundial y creará las condiciones necesarias para una verdadera paz fundada en la satisfacción universal de las necesidades del ser humano.

Como dirigentes, estamos diariamente obligados a enfrentar y resolver cuestiones de corto plazo; aún más, si cabe, en las sociedades que todavía hacen frente al drama cotidiano de la supervivencia.

En consecuencia, debemos trabajar hoy con los ojos puestos en el mañana, pues es nuestra misión, como dijo el Papa Juan Pablo II, ofrecer un motivo de esperanza a las generaciones futuras.

Creo que podemos sintetizar el propósito de esta Cumbre para la Tierra en dos palabras: voluntad política.

Estamos aquí reunidos porque la humanidad entera quiere estar unida en concepción y, principalmente, en la realización de una nueva era.

Tenemos un mandato para reflexionar, decidir y actuar.

No tenemos derecho a vacilar, postergar o desistir; por el contrario, tenemos el deber de negociar, acordar y avanzar.

Este es el camino que ahora iniciamos con confianza y determinación.

En palabras de un poeta brasileño: sin esperanza no surge lo inesperado; sólo no existe lo que no puede ser imaginado.

Con este espíritu los saludo, reiterando el orgullo que siente el Brasil con la presencia de todos ustedes.

¡Que Dios nos siga ayudando!
